Guía de lectura

Vanessa Springora

Lumen

Penguin Club de lectura

SINOPSIS

En medio de la promoción de su primera novela, *El consentimiento,* que provocó un seísmo social y literario, Vanessa Springora recibe una llamada de la policía para que acuda a identificar el cuerpo sin vida de su padre, un hombre fabulador y misántropo que había terminado por convertirse en un extraño para ella. Pero al vaciar su casa, algo llama su atención: dos fotos antiguas de su abuelo paterno en las que este exhibe la esvástica. Un descubrimiento que echa por tierra la versión del querido abuelo checo, Josef, reclutado a la fuerza por el ejército nazi, desertor en Francia, colaborador de los estadounidenses durante la liberación y «refugiado privilegiado» como disidente del régimen comunista.

Comienza así una obsesiva búsqueda para saber quién era ese hombre que le dio su apellido y cómo pudo o no «consentir» la barbarie. A lo largo de dos años, Vanessa rastreará documentos familiares, archivos checos, alemanes y franceses, y se reunirá con testigos para tratar de recomponer un itinerario verosímil. Pero siempre faltan piezas.

Alternando ficción, investigación, diario de viaje y leyendas familiares, y con Kafka, Gombrowicz, Zweig o Kundera en mente, Springora se zambulle en la historia del siglo XX para reflexionar sobre la naturaleza implacable del linaje y el poder devastador de lo que ha sido silenciado.

LA OBRA

En 2020, la publicación de *El consentimiento* no solo supuso una conmoción en la sociedad francesa, y en especial en la buena conciencia de las élites intelectuales, sino que brindó a Springora la oportunidad de resarcirse a través de una obra que entroncaba directamente con esa tradición tan propia de la literatura gala de la palabra justa. Un lenguaje sobrio y de alta precisión que se ponía al servicio de una (auto)investigación repleta de matices, y que llevó a la crítica a situarla a la altura de grandes escritores consolidados como Delphine de Vigan o Emmanuel Carrère. La entonces autora de una sola novela iniciaba una carrera que habría de seguirse con expectación, y de la que hoy Lumen presenta su segunda entrega: en cierto modo, una continuación lógica de aquella, donde reúne de nuevo los aciertos que la hicieron célebre y retoma la tarea de reapropiarse de su historia.

En *El nombre del padre,* Vanessa Springora parte de una necesidad íntima para construir una investigación familiar, histórica y política que mantiene en todo momento la tensión entre su carácter personal y su significación colectiva. Con origen en una urgencia por desentrañar su apellido, la prosa de Springora, con esa contención sencilla que la caracteriza, nos lleva desde la muerte de su padre en 2020 en el extrarradio de París, solo y recluido en un apartamento mugriento, hasta las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial en un pequeño pueblo de la región checa de Moravia, donde nació su abuelo en 1912, pasando por Berlín y Normandía, Praga y el telón de acero.

EL PADRE

Patrick Springora era un mitómano no diagnosticado que, después de un éxito profesional temprano y tres matrimonios, lo había perdido todo y vivía en completa soledad, prácticamente encerrado en el antiguo apartamento de su madre, Huguette, fallecida nueve años atrás: el mismo tiempo que Vanessa y él llevaban sin hablarse. A su funeral acuden siete personas, por compromiso, y la autora se decide a escribirle un poema por no dejarlo marchar en «un silencio tan embarazoso»: «todos mantendremos / en lo más profundo de nuestra memoria / el recuerdo ardiente / de tu enigma». Como, aparte de su tío Dominique, no hay más allegados, es ella quien habrá de dedicar semanas a vaciar el piso inmundo en el que residía su padre. Entre el rencor y una memoria confusa, Vanessa va indagando en un hombre cargado de contradicciones, producto de una psicología intrincada, incapaz y autoengañosa, del que una serie de descubrimientos inauditos no terminará de desvelar el misterio.

A pesar de que Patrick vivía en un estado de abandono difícil de exagerar, había mantenido en orden, en cambio, las pertenencias de su madre. Revolviendo entra las cosas de Huguette, Vanessa da con los escasos recuerdos conservados del abuelo Josef, que murió cuando la autora tenía once años: cartas, documentos administrativos —el certificado de trabajo como mecánico para el ejército estadounidense en Francia, el pasaporte de «refugiado privilegiado»...— y unas pocas fotos. Dos de ellas exhiben a un joven Josef uniformado con sendos trajes nazis.

EL ABUELO

Mientras Rusia invade Ucrania, Vanessa parte a Chequia en busca de los orígenes de su abuelo, una historia de verdades a medias y muchos silencios. La escueta versión familiar contaba que Josef había sido reclutado a la fuerza por el ejército alemán tras la invasión de Checoslovaquia, destinado a Francia y desertado en Normandía, donde había conocido a Huguette. Debido a la guerra y el régimen comunista posterior, jamás pudo regresar.

Entre Praga y Zábřeh, la autora emprende una investigación difícil que por momentos convierte la obra casi en novela de aventuras. Sus distintos encuentros e indagaciones en tierras checas irán arrojando algo de luz: Josef, que había criado a sus hijos hablando alemán, según le cuenta el tío Dominique, resulta ser de nacionalidad alemana pese a su ciudadanía checa, oriundo de los Sudetes, de donde la minoría germanohablante —un cuarto de la población del país— fue expulsada como represalia al final de la guerra. Josef, un joven guapo y atlético, había emigrado a Berlín en 1938, dos meses antes de la invasión nazi, donde se casó con una alemana y se hizo policía. ¿De qué tipo? Vanessa aún no lo sabe, y teme descubrirlo. Según le informan, nadie que no tuviera cierto rango era destinado a Francia. ¿Permanecieron en Zábřeh sus padres, su hermano? Memorable es la escena en que la autora recorre a tientas el cementerio de la pequeña ciudad morava en busca de su familia. Los hijos de Franz, el hermano con el que Josef siguió carteándose hasta

su muerte, deberían de tener unos setenta años. ¿Viven todavía?

Desde la consulta bajo vigilancia de las solicitudes de asilo en la Oficina Francesa de Protección a los Refugiados y Apátridas hasta los archivos nacionales de Bratislava, pasando por la composición de los equipos de esgrima de los Juegos Olímpicos de 1936 en Alemania, Vanessa remueve cielo y tierra en su esfuerzo por reconstruir y entender la vida de Josef. ¿Qué fue de su primera esposa? ¿Cómo se conocieron Josef y Huguette, cuando él tenía treinta y dos años y ella diecinueve? ¿Por qué se mudaron a la periferia de París? La autora agota uno a uno todos los recursos, en una investigación apasionante. El tema la obsesiona, no puede dormir. ¿Qué vacío ha dejado su abuelo?

EL LINAJE MASCULINO

Desde muy pequeña, acaso debido a un origen marcado por una doble ausencia —su padre irresponsable, su amado abuelo: dos enigmas—, Vanessa siempre se ha sentido incómoda con su apellido extranjero. Parece que «Springora» no significa nada, es un apellido sin historia que la señala, con historia únicamente privada, el artificio que permitió a Josef vivir como un «hombre nuevo». Un nombre falso, un nombre para escapar. Un nombre que hereda Patrick como una identidad falsa. Que se transmite de varón en varón y define a la familia. Patronímico y patria. Si los cuerpos de las mujeres pertenecen a los hombres, los cuerpos de los hombres pertenecen al Estado, a la defensa de la patria.

Al nacer su hijo varón, en Vanessa se despierta un terror instintivo. No quiere legarle su apellido, ni siquiera en segundo lugar. Cuando Rusia invade Ucrania, en una era en que la guerra en Europa casi se había vuelto impensable, sus temores parecen confirmarse. Sabe que, de alguna manera, un niño sigue siendo para el ejército. Pero también que hay alternativas a esa masculinidad y, por experiencia, que un nombre propio, *propre,* limpio, se hace, y un nombre *d'emprunt,* de prestado, falso, un nombre del padre, se puede deshacer. «Aquí yace tu apellido, que es el mío», le escribe Vanessa a su padre. Los horrores de la historia privada (Patrick ahogado en las mentiras, propias y paternas) y la colectiva (un siglo xx que ha borrado a tantos y de tal modo) no seguirán heredándose.

EXTRACTOS POR TEMAS

EL APELLIDO (EL NOMBRE DEL PADRE) Y LA IDENTIDAD

Para poner fin a las especulaciones, siempre acababa soltando, un poco avergonzada: Es checo. ¡Aaah, entonces es eslavo! Seguían algunas consideraciones sobre mi fisonomía, sí, es cierto que pareces eslava. Después, un silencio incómodo, porque en realidad los franceses no saben gran cosa de los eslavos y en general no tienen nada que decir, mientras que siempre se puede fantasear sobre Italia. Al final llegaba la pregunta más embarazosa: ¿Y hablas checo? Pues no. El interrogatorio terminaba ahí. Entonces me invadía un confuso sentimiento de vergüenza y de ilegitimidad, por no decir de impostura. Tenía la sensación de no ser de aquí, pero tampoco podía vincularme a un lugar que conociera. A lo que este apellido me remitía era a un origen nebuloso, a un lugar del que no sabía nada, y durante mucho tiempo me negué a interesarme por él, porque lo había recibido de un padre que me había abandonado. (p. 20-21)

Durante años fui más bien una persona en la sombra. Creía que huía de la luz por timidez. Pero hace poco alguien me dijo: «Al menos ya no tienes por qué preocuparte, te has hecho un nombre». La expresión me devolvió de golpe al nombre falso que mi abuelo se había «inventado». [...]

Habría mucho que contar sobre este extraño fenómeno, el momento en que un nombre propio pierde el anonimato y se convierte en algo que pertenece a todo el mundo: a Wikipedia, a los periodistas y a los lectores. Al principio sentía un malestar inexplicable cuando oía mi nombre en la radio o lo veía escrito en el artículo de un periódico. Y para ser del todo sincera, incluso en la cubierta de mi

primer libro. No podía evitar sentirme atrapada por el síndrome del impostor, que me persigue desde siempre. Como si ese nombre no me perteneciera, como si no hablaran de mí, sino de otra persona. [...] Mi abuelo se concedió el derecho de reescribir su vida creándose una nueva identidad. Su gesto tiene algo de demiúrgico, pero también de creación literaria, y eso me conmueve. Josef se reinventó como personaje de su propia existencia. Lo que no sé es qué eliminó al dar a luz a este hombre nuevo. Ahí empieza la ficción. Con ese nombre falso. [...]

En inglés, la expresión «nombre falso» se traduce como *assumed name*. Literalmente, nombre del que uno se hace responsable (por deducción, dice mucho del nombre al que se renuncia).

En francés lo llamamos *nom d'emprunt* («nombre prestado»). ¿Qué significa? ¿Qué te lo prestan durante un tiempo y que tendrás que devolverlo? ¿A quién? ¿Y cuándo?

Otra pregunta: ¿me corresponde a mí hacerlo? (pp. 155-157)

Dado que resulta que nuestro apellido nos pertenece tan poco, dado que, como la vida, solo lo tomamos prestado, dado que permanecerá después de nosotros, que solo estamos de paso, ¿qué lo hace «nuestro»? Llevar el apellido de mi padre y de mi abuelo siempre hará que sienta que sus dos vidas me preceden, que vibran a través de mí como a través de la piel de un tambor. No tengo otro apellido que el mío. Podría habérmelo cambiado para liberarme de él. Todas las mujeres deberían hacerlo, como Malcolm X, porque sus apellidos son originariamente los de sus dueños y opresores. También podría haber tomado esta decisión para distanciarme de esos dos destinos que tanto me pesan. Pero habría tenido que desarmar las fibras de todo mi ser tejidas en esta historia. Tal vez he recorrido todo este camino para tomar la decisión consciente de conservar este apellido, sin cegarme sobre lo que dice de nosotros, de nuestra humanidad.

Nuestro nombre es lo que hacemos con él. Cada uno le da el significado que quiere y se inventa su propia leyenda. ¿Por qué no tendría yo derecho a acomodar un poco la verdad? He elegido ser la que habla y da testimonio, la que cuenta la historia. (p. 288- 289)

EL PADRE

Ahora tengo que llamar a mi editor. Esta noche soy la invitada principal de un programa de televisión literario. Ya sé que no estaré en condiciones, porque tengo que ir a identificar el cuerpo sin vida de mi padre. Y mientras mi editor asimila la información, solo pienso en una cosa: mi padre se ha suicidado, seguro. Ha leído mi libro y se ha suicidado.

En fin, todo empezó ese día, cuando su muerte cortocircuitó el lanzamiento de mi primer libro. Trece días antes se había enterado de que iba a publicarse, seguramente por el telediario de las ocho de la tarde. Recibí un mensaje de texto: «¡Muy bien! ¡Aunque has tardado mucho en vengarte! ¡Deberías haberme escuchado en su momento! ¡Bravo de todos modos! ¡Estoy orgulloso de ti! Patrick».

Mientras el taxi da marcha atrás, releo varias veces este lacónico mensaje de cinco frases con signos de exclamación. Mi padre y yo no nos habíamos visto, ni llamado, ni escrito desde el funeral de Huguette, mi abuela paterna, hacía nueve años. Dudé mucho. Al final no le contesté. (p. 24)

El piso en el que han encontrado el cuerpo era en realidad donde vivía mi abuela. En ese pequeño espacio de apenas treinta y cinco metros cuadrados vivió primero catorce años con ella y después nueve años solo. Me pregunto cómo soportó mi abuela vivir con él. Seguramente, una especie de síndrome de Estocolmo. Lo había acogido en su casa cuando la vida de mi padre se desmoronaba, pero nunca dejó de admirarlo. Sin trabajo y a punto de que se le acabara el subsidio, acababa de sufrir un primer infarto. Su tercera mujer lo había abandonado y, como ya no pagaba el alquiler, el dueño de su piso lo amenazaba con echarlo. Tenía cincuenta años. Para evitar que se quedara en la calle, su madre aceptó acogerlo «hasta que se recuperara». Allí se quedó los siguientes veintitrés años.

Al final de su vida, mi abuela luchó contra el cáncer durante tres años. Su hijo no le fue de ninguna ayuda en el día a día de su enfermedad. Era más bien una carga que ella asumía a costa de su salud. Su otro hijo vivía a mil kilómetros. Le propuso que fuera a vivir con él y su familia, pero ella no quiso abandonar a mi padre. Un oscuro sentimiento de culpa la obligaba a seguir lavándole la ropa. (p. 25)

En otra ocasión, mi madre trajo a casa un perro abandonado, un pastor de pelo largo adorable y muy cariñoso. El perro tuvo la mala suerte de arrancar con las garras tres hilos del sofá de terciopelo. Mi padre lo agarró por el collar y lo tiró por la escalera, literalmente, gritando que no quería volver a verlo en su casa. Salí corriendo al rellano. El perro estaba bajando la escalera con el rabo caído, como si hubiera aceptado su destierro.

Según mi madre, esa manía obsesiva tenía su origen en un par de zapatos de ante blanco que mi abuela le había regalado cuando era niño. Al parecer en aquella época le dijeron que si los ensuciaba lo castigarían, así que, mientras sus compañeros jugaban al fútbol, él se pasaba todos los recreos limpiándose los zapatos con un cepillo. (p. 42)

Mientras reviso sus papeles, encuentro unos recibos del alquiler de un piso situado en L'Isle-sur-la-Sorgue. Entonces ¡era verdad que vivía allí! Si había abandonado el pequeño piso de Courbevoie era porque se había trasladado al sur.

Mi imaginación vuelve a volar. Así que un piso fantasma. Pero ¿por qué? Vuelvo a dudar. ¿Y si de verdad era espía, como le gustaba insinuar?

El problema es que nunca estuvo allí. He encontrado la copia de un correo que envió a la casera pidiéndole que rescindiera el contrato y comentándole que no era necesario que revisara el estado del piso porque «nunca lo había ocupado». Por lo tanto, durante dos años pagó cada primer día de mes el alquiler de un piso vacío en el que nunca vivió. Mi padre le contó a su hermano y a varios ami-

gos que pensaba establecerse allí. Como siempre, era prolijo en detalles. Decía, por ejemplo, que se había comprado una bicicleta para pasear por los canales y que la dejaba en el balcón para evitar que se la robaran. (p. 56)

La biblia actual de las enfermedades mentales, el DSM (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders), afirma que este síntoma compulsivo aparece en el contexto de los trastornos antisociales de la personalidad y suele estar vinculado al desarrollo infantil de una persona que ha crecido en un universo marcado por los silencios y los secretos familiares. En definitiva, la mitomanía sería un mecanismo de defensa que consistiría en apropiarse de forma mimética de las mentiras de las que se ha sido víctima. La humillación y el sentimiento de degradación y de injusticia también pueden estar en el origen de la mitomanía. (p. 57)

EL ABUELO

Pero de mi abuelo Joseph no queda ni rastro. [...] Esperaba encontrar dos o tres recuerdos del país donde nació. Intento entenderlo. Cuando lo has perdido todo al salir de tu país, quizá ya no te interesa acumular nada. Seguramente el exilio te enseña a deshacerte del peso de las posesiones materiales, a mantenerte ágil y libre para volver a marcharte en cualquier momento... ¿O tal vez no sentía ningún apego hacia su pasado? [...] De un expediente administrativo se desprenden dos hojas sueltas. Una es una lista de palabras escritas con bolígrafo. La hoja me suena. Un recuerdo sale a la superficie. Fue la primera y única lección de checo que me dio mi abuelo cuando yo tenía siete años. Que la conservara durante toda su vida hace que se me salten las lágrimas. (p. 72- 73)

DOMINIQUE SOBRE JOSEF

Cuando le pregunto por su relación con Josef, me contesta:

—Era un padre bastante majo y cercano, pero a mi hermano y a mí nos incomodaba un poco su situación. Era diferente de los padres de nuestros amigos. En primer lugar, por su fuerte acento y también porque nos hablaba en alemán, aunque era checo. Decía que fue el idioma que le permitió comunicarse con nuestra madre, Huguette. Ella lo había aprendido en el instituto. Durante toda nuestra infancia, en casa solo hablábamos en alemán. Era raro. Además, la situación de Josef parecía complicada, no podía volver a su país y no sabíamos por qué. Sentíamos que las cosas no estaban claras y en casa reinaba un ambiente de secretismo.

Dominique me confiesa con cierta decepción que, por ejemplo, nunca supo cómo se habían conocido sus padres. Era un tema tabú. Me doy cuenta de que tampoco sabe el nombre de la ciudad en la que nació su padre. Cree recordar que Brno, la capital de Moravia.

—Josef nació en Zábřeh. Seguro que lo has visto alguna vez en el libro de familia o en el certificado del registro civil.

—Sí, puede ser. Debo de haberlo olvidado...

[...]

Al poco de llegar a Ruan conoce a Huguette. No sabe en qué circunstancias.

Josef deserta. ¿Por qué? Misterio.

En cuanto a cómo acabaron sus padres en el extrarradio de París, no tiene ni idea. Le planteo la posibilidad de que a Huguette la raparan al cero tras la liberación, y eso los hubiera empujado a marcharse de Ruan. Sí, él también lo había pensado.

—¿Y el apellido? ¿Sabes por qué se lo cambió? (p. 106-107)

LA INVESTIGACIÓN

Al mismo tiempo intento descifrar las cartas que Josef conservó, casi todas ellas firmadas como «Fanda» o «Franta». Al principio creo que están escritas en checo, pero mi hijo me corrige: las palabras *lieber Bruder* significan «querido hermano» en alemán. (Él ha elegido el alemán como primera lengua extranjera). ¿Sería, pues, la lengua materna de Josef, no solo la que hablaba con mi abuela? ¿Por qué su partida de bautismo está escrita en checo? No entiendo nada. (p. 109)

Unas cuantas cervezas checas después, caminando de vuelta a mi hotel con Aline, le cuento mi confusión. Tenemos la palabra «Gestapo» atrapada en la boca, pero ninguna de las dos la dice. La primera revelación de la charla que acabamos de mantener tiene que ver con mi identidad. Me obliga a revisar el relato de mis orígenes que me contaron durante toda la infancia. Si lo he entendido bien, Josef nunca fue checo, ni cultural ni lingüísticamente. Al menos en el sentido en el que lo entendería cualquier francés. Esta información me rompe todos los esquemas. Siempre había creído que tenía sangre eslava y que mi apellido era eslavo. En realidad era un cuarto alemana. (pp. 124-125)

En Zábřeh, aliviada por haber llegado a mi destino a pesar de todo, hago una foto al letrero con el nombre de la estación, un recuerdo para mi tío. [...] Zábřeh no es lo que se dice una ciudad bonita. Se vislumbran los destrozos causados por los bombardeos y los edificios reconstruidos a toda prisa en el cálido estilo de la arquitectura soviética. [...]

Estoy impaciente por dejar el equipaje para pasear por la ciudad, descubrir las calles en las que vivió mi familia y sobre todo ir al cementerio. Entre los papeles de Josef conseguí descifrar dos conmovedores telegramas escritos en checo que le comunicaban, respectivamente, la muerte de su madre, en 1969, y la de su hermano, diez años después. Mi tío me contó que mi abuelo no pudo conseguir el visado para ninguno de los dos funerales.

A las cuatro en punto espero con impaciencia a que la recepcionista se digne a abrirme las puertas del hotel. Antes de meterme en el ascensor, la chica me advierte en un inglés rudimentario que soy la única huésped del hotel.

«Le dejo la llave de la puerta principal, ¿vale? Esta noche no habrá nadie que pueda abrirle, así que si quiere volver a salir...».

La habitación es como imagino las de un hotel de la época soviética, nada parece haber cambiado desde la Guerra Fría: muebles viejos y oscuros, moqueta descolorida de un tono indeterminado, entre el marrón y el naranja, papel pintado desteñido y cama *king size* de madera oscura, demasiado pesada para esta pequeña habitación. Estoy tentada de levantar la lámpara de la mesita de noche para comprobar que no hay ningún micrófono escondido. (pp. 127- 129)

La casa de mis bisabuelos se ha convertido en una pensión, justo al lado de la plaza principal. La del hermano de Josef está un poco más lejos, en un camino rural, en un bloque de hormigón tan triste que entran ganas de llorar. Desde aquí Franz escribió a su hermano, entre 1975 y 1979, una serie de cartas desgarradoras que una amiga ha empezado a traducirme.

16 de abril de 1975

Querido hermano:
Ante todo, muchos saludos y recuerdos para ti. Hacía mucho tiempo que no te escribía. El año pasado pasé por momentos difíciles y ahora vivo donde vivía Volas, solo, sin vecinos. No es un buen piso, tiene mucha humedad y en todo el día no veo un rayo de sol. Además, estoy totalmente solo, puedes hacerte una idea de mi vida. El pasado otoño recibí la orden judicial de dejar mi piso, me obligaron a cambiar de residencia, y además a mi costa. Tuve que ir a una casa cerca del hospital, a un piso sin baldosas en el suelo y completamente vacía. Puedes imaginarte lo sorprendido que me quedé. Fui dos veces ante el juez, lo que me costó mucho dinero, y al final conseguí que me concedieran este otro piso, que no es mucho mejor. No pude calentarlo hasta Navidad porque no sabía cómo acabaría todo, así que no pude comprar carbón ni leña; todo era demasiado incierto. No puedo explicarte hasta qué punto es terrible e incomprensible. Toda la vida he vivido en el mismo barrio, y en mi vejez me veo obligado a trasladarme a las afueras de la ciudad. Aquí vivía una conocida que también estaba sola y murió a los cincuenta y cinco años. Por eso no quería venir de ninguna manera. Así que ahora me pregunto cada día cómo y dónde acabaré. En estas circunstancias no te sorprenderá que no haya podido escribirte. Sabes lo difícil que es ir a verte, y podría suceder que vuelva a casa y me hayan trasladado a otro sitio los muebles y mis cosas. Nunca imaginé que envejecería así. Ahora estoy a la espera de lo que el destino decida para mí.
Fanda (pp. 130-131)

Como el agrimensor de *El castillo de Kafka,* continúo mi exploración metódica de los caminos y giro a la izquierda y después a la derecha sin pensar en nada más que en mi misión. Mi cerebro se ha tragado ya tantos apellidos checos que se ha convertido en un listín de la ciudad, cuando, en una humilde lápida decorada con un ramo de flores de plástico, leo por fin estas palabras: Rodina Springerová (Familia Springer). [...] Tras un instante de euforia (bailo sola de alegría), sin importarme las convenciones y empapada en sudor, me siento con las piernas cru-

zadas en la losa que cubre la tumba de mis antepasados. Me enciendo un cigarrillo. Mi abuelo nunca pudo venir a presentar sus respetos a sus difuntos. Fumo en silencio con él. [...]

¿Qué he venido a hacer aquí exactamente? ¿Qué vínculo me une a estos desconocidos que yacen bajo mis pies? ¿Tenía que ver, inscrito en una lápida, el apellido que mi abuelo abandonó como un pellejo, una piel muerta? ¿Es la prueba que he venido a buscar?

Salgo de mis ensoñaciones y hago unas cuantas fotos. Me llaman la atención dos cajas de cristal colocadas en los extremos de la losa. Una contiene una urna con un nombre que no conozco: Jiří Šafar, que murió en 2007; la otra, una urna a nombre de una tal Josefa Soularová, que murió en 2014. Si en esta familia también las mujeres se llaman «Josef», no voy a acabar nunca. Ni rastro de Irena ni de Helena, las dos hijas de Franz, ni de su hermano František. Puede que sigan vivos o que se marcharan de Zábřeh. ¿Cómo saberlo? De repente recuerdo una tarjeta de felicitación firmada por Irena que recibió mi padre. ¿Su apellido no era Šafářová? ¡Este Jiří Šafar, nacido en 1949, solo puede ser su marido! Irena debería de tener más o menos la misma edad, unos setenta y tres años. ¡Y si sus cenizas no están en esta tumba, entonces todavía está viva! ¿Vivirá aún en Zábřeh? (pp .133-135)

IRENA

Llevo toda la vida esperando este momento. Como si me hubiera pasado horas mirando la puerta cerrada de una caja fuerte, consciente de que las probabilidades de adivinar la combinación eran una entre un millón, y de repente empezara a abrirse. (p. 138)

Irena se queda en silencio un instante y después sigue hablando en un tono muy emocionado. Me cuenta la historia de estos dos hermanos que se querían mucho y se escribieron toda la vida. Dos hombres separados por la división del mundo en dos bloques enemigos, que deseaban seguir compartiendo los momentos importantes de su existencia, los nacimientos, las bodas, los fallecimientos y las enfermedades. Y que no pudieron volver a verse. (p. 144)

JOSEF Y EL NAZISMO

En *El mundo de ayer,* Stefan Zweig, de paso por Italia después de la Gran Depresión, cuenta que una noche, mientras todos los demás duermen, está fumándose un cigarrillo en la cubierta de su transatlántico, anclado en el muelle, cuando observa un extraño alboroto en el puerto; varios camiones salen de un cuartel en plena noche y vuelven poco después con un curioso cargamento, unos diez jóvenes harapientos a los que han recogido en las granjas de los alrededores. Por la mañana, los campesinos, limpios y con el pelo cortado, salen del cuartel vestidos con una camisa negra almidonada y con un fusil en la mano. Todos se van en una moto nueva. Parece que no ha hecho falta más para convencer a unos cuantos pobres de que vayan

a engrosar las filas de las milicias fascistas. Recuerdo la foto de la que Irena me habló con admiración, en la que Josef aparece orgulloso montado en una moto con el uniforme de la policía alemana. Sí, una moto posiciona de inmediato a un hombre. (p. 177)

Hoy, cuando me cuestiono lo que durante mucho tiempo he considerado una relación obsesiva con el Holocausto, entiendo que el exterminio de los judíos de Europa, como voluntad de aniquilar a la totalidad de un pueblo de forma sistemática e industrializada, no solo lo llevó a cabo la generación de mis abuelos, en el continente donde vivo, sino que me conecta carnalmente con las manos que en mi infancia me llevaban con cariño a una cómoda cama para que pudiera seguir durmiendo tranquila. (p. 192)

En los últimos meses he barajado varios escenarios y no puedo decidirme por ninguno de ellos. El del joven despreocupado atrapado en el torbellino de la historia, el del criminal de guerra que se esconde en Francia bajo una identidad falsa y, por último, el del desertor que se arrepiente de sus ideas y de sus errores de juventud y quizá se convierte en miembro de la Resistencia, incluso en espía. Todos son igualmente posibles. Siento que ya tengo muchas piezas del rompecabezas, que la clave del misterio está ante mis ojos, pero se me escapa el dibujo completo. (p. 196)

Pese a las mentiras que se inventó, en mi abuelo es evidente el deseo de que la verdad se filtre por un pequeño resquicio. No sé si hoy se sentiría feliz o aliviado. (p. 207)

Al unirse al Tercer Reich, Josef elige a los poderosos. Elige el terror. Tanto en alemán como en francés, las palabras *patrie* y *Vaterland* («patria») derivan de la palabra «padre». Y con quien elige identificarse es con su padre, el que le transmitió su apellido, su lengua y su cultura. (p. 212)

JOSEF EN FRANCIA

En el formulario del registro civil, el segundo nombre de mi padre aparece escrito como «France» en lugar de «Franz». Esta rareza tiene su origen en una anécdota que me contó mi abuela.

En el ayuntamiento, cuando Josef dice la palabra «Franz», el empleado no está seguro de haberla entendido.

«Ha dicho "France", ¿verdad?».

En 1946 Josef todavía no domina el francés, así que no está seguro de que su pronunciación sea correcta. Asiente, indeciso. El empleado sonríe, conmovido por la gratitud de ese inmigrante checo hacia la gran nación de los derechos humanos que lo ha acogido, y, satisfecho, anota en el registro el nombre que cree haber oído. Cuando mi abuelo se da cuenta, es demasiado tarde para cambiarlo. Seguramente se dice que Francia no olvida a sus enemigos y es muy vengativa. (p. 243)

Seguramente no queda mucho más que decir sobre Josef en la década de los setenta. Es un hombre de unos sesenta

años, marcado por la guerra y al que la úlcera sigue causándole dolores de vez en cuando, según mi tío. Es un marido, padre y abuelo tranquilo que sigue ayudando a su hermano todo lo que puede, a pesar de la distancia y del telón de acero. Termina su carrera profesional como diseñador industrial. Pronto se jubilará. Y en el fondo se felicita a diario por haber elegido el lado correcto del Muro. Pero una nostalgia tenaz sigue atenazándolo. (p. 274)

Ahora, cuando pienso en mi abuelo, la figura que me viene a la mente es la del desertor. Al buen soldado Springer le gusta enviarle fotos en uniforme a su novia, pero luchar es otra cosa. Observo la foto en la que está vestido de civil, tomada en Zábřeh/ Hohenstadt en los años treinta, antes de que se marchara a Berlín. Quiero salvarlo y creer en ese joven aventurero de sonrisa infantil y ojos risueños. Es un crío que se considera un hombre y que no sabe lo que el siglo espera de él. Seguramente me he empeñado en demostrar sus crímenes porque para mí eran lo único que habría podido explicar la locura de mi padre y sus extravíos ideológicos. Pero quizá mi abuelo solo fue un joven soldado que tuvo que hacer frente a la violencia de unos acontecimientos que lo superaban. (p. 285)

A SU PADRE

Jamás habría imaginado que un humilde piso del extrarradio de París pudiera contener una parte tan grande de la trágica historia del siglo xx, esa historia que todavía corre por nuestras venas.

Sé que con este libro he intentado acercarme a ti. Mientras estabas vivo, era imposible; eras demasiado peligroso y demasiado tóxico. Siempre sentí que debía mantenerme a distancia. No podía explicarlo. Era una especie de sexto sentido, la intuición de que tu locura podía ser contagiosa.

Quise entonces demostrarte que, aunque tu vida hubiera sido un estrepitoso fracaso social, no era menos digna que la de un personaje de novela. Pero lo que he descubierto me ha mostrado que tu vida sin sentido, tu vida de proyectos constantemente aplazados, tu vida de fantasía, en el fondo solo era el reflejo de la epopeya de otro padre, el tuyo. (p. 295)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Cómo es la relación entre Vanessa y su padre? ¿Qué opináis del hecho de que, pese a todo, Vanessa siempre vuelva a tratar de acercarse a él, «una vez cada diez años»?

2. ¿Y con su abuelo? ¿Por qué y cómo es la muerte del padre el desencadenante de una investigación sobre el abuelo?

3. La investigación se vuelve por momentos apasionante, particularmente, quizá, durante su viaje a Moravia. ¿Podríais comentar algunos de los momentos más memorables? ¿Qué os ha resultado sorprendente?

4. La historia de Chequia, que tiene las características habituales de muchos países centroeuropeos y del Este, se aleja casi tanto de la de Francia, en su construcción del Estado y la nación, como de la de España. ¿Podríais comentar estos convulsos procesos históricos?

5. El exilio es una fuente permanente de nostalgia. ¿Cómo ha podido eso afectar eso a la vida de Josef, a la felicidad del «hombre nuevo» que construyó?

6. «No existe el amor, solo las pruebas del amor», escribe Springora citando a Reverdy. ¿Cómo fue la relación entre Josef y Huguette?

7. ¿Por qué se obsesiona Vanessa hasta tal punto con esta investigación?

8. Como dice la autora en varios lugares, el libro es también una exploración de los vínculos entre masculinidad y fascismo. ¿En qué sentido se entiende esto? ¿Son todavía los niños «cuerpos para la guerra»?

9. Según Springora, es algo que se origina primeramente en el apellido del padre: «La masculinidad se encarna en el apellido y en todo lo que lo acompaña: el linaje de sangre, el clan, todo un sistema de pertenencia, lealtad y sumisión. En ese sentido, el apellido es el inicio de una forma de violencia simbólica». ¿Qué impacto tiene esto en la masculinidad?

10. ¿Y qué supone para las mujeres ese apellido?

11. En otra entrevista, sostiene la autora: «Hay que mantener la libertad de dar a nuestro nombre el sentido que elijamos, sin dejarnos atrapar por lealtades obligadas, clánicas o identitarias». ¿Cuál es el proyecto de autoliberación que subyace a todo el libro? ¿Qué relación hay entre el nombre propio, *propre* [limpio], y el nombre falso, *d'emprunt* [de prestado]?

12. ¿Qué papel juega la figura de su hijo en esos objetivos?

13. Si pudisteis leer también *El consentimiento*, ¿qué opináis del estilo de Springora? ¿Hay una construcción de su voz, una trayectoria?

14. ¿Qué relación hay entre *El consentimiento* y *El nombre del padre*?

15. ¿A qué otras obras, literarias o no, os recuerda?

LA AUTORA

© JF Paga

Vanessa Springora (París, 1972) es editora, escritora y cineasta. Obtuvo un máster en Literatura Moderna por la Universidad de la Sorbona y el título de cineasta por el Instituto Nacional de Audiovisuales de París antes de comenzar a trabajar como asistente editorial en Julliard, sello que dirigió desde 2019 hasta 2021. *El consentimiento* (Lumen, 2020), su primera novela, fue traducida a treinta y un idiomas, obtuvo el Gran Premio de las Lectoras de Elle y el Premio Jean-Jacques Rousseau y se convirtió en un fenómeno social y literario. En 2020 fue declarada Autora del Año por la revista literaria *Livres Hebdo*. *El nombre del padre* (Lumen, 2025) es su esperada segunda novela.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

Fragmento de la entrevista de Muriel Steinmetz para *L'Humanité*

Te enteras de la muerte de tu padre poco antes de salir al plató de *La Grande Librairie*...
Es una situación rara, pero hay un contexto importante: perdí el contacto con mi padre siendo ya adulta. Me abandonó después de rehacer su vida con su tercera mujer. Seguía viéndolo de vez en cuando, en algún restaurante. A veces se le olvidaba venir. Lo más valioso que me dejó fue este apellido lleno de secretos. Su personalidad fuera de lo común, sus delirios de mitómano marcaron mi infancia.

Perdona que lo diga así, pero ¿no es una bendición para la novelista que hay en ti?
Soy una escritora tardía. Mi idea original era escribir una novela histórica sobre una figura femenina del siglo xvi. Pero me atrapó la narración autobiográfica, término que prefiero a autoficción, porque todo el esfuerzo de *El nombre del padre* consiste en deshacerme de la ficción. Me he basado en hechos reales, trágicos en este caso. Cuando supe de la muerte de mi padre, estaba en plena promoción de mi libro anterior, *El consentimiento.* Me sentía arrastrada por un tsunami mediático: la alegría de ver que el libro recibía el apoyo de la opinión pública y la ruptura colectiva del silencio. Durante dos años, metí todas las cosas de mi padre en una bolsa y pospuse el impacto que su muerte ha tenido en mí. Me golpeó de lleno después de una invitación a Praga y del estallido de la guerra en Ucrania. Ya no podía seguir escondiendo la cabeza bajo el ala. Este libro es una forma de darle sepultura.

Más adelante, te enfrentas a los secretos del padre de este padre, un abuelo al que querías, que habría vivido una vida marcada por las mentiras…
Fue una especie de padre sustituto para mí hasta su muerte en 1983. Yo tenía once años. Era extremadamente cariñoso, con su acento checo (o eso creía entonces) que cortaba como un cuchillo. De joven, estuvo vinculado al régimen nazi. Después de investigar, he tratado de explicarlo por su origen en la región de los Sudetes, en Checoslovaquia, en una comunidad de habla alemana que tenía un fuerte sentimiento de humillación tras la Primera Guerra Mundial, lo que llevó a muchos jóvenes a unirse a milicias fascistas. Para 1938, cuando se produjo la anexión de su país por parte de la Alemania nazi, era un muchacho muy joven al que habían adoctrinado, especialmente a través del deporte. Entró

en las fuerzas del orden del Tercer Reich. Entre 1939 y 1942 se afilió al partido nazi. Es imposible que ignorara los fusilamientos de judíos, menos aún la «solución final». Tras una larga serie de avatares, en 1944 desertó en Francia y mi abuela, una chica normanda de diecinueve años, lo escondió en Ruan. Se hizo pasar por deportado del STO, trabajó para los estadounidenses y obtuvo un certificado que blanqueaba su pasado. Incluso consiguió el estatus de refugiado. Tiene una doble cara, que descubrí al encontrar estas dos fotos [en las que aparece con la esvástica]. También resulta que el apellido del padre de mi padre no es el mío. De niño, mi padre debió de encontrar las fotos. Como fue incapaz de hablarlo con su propio padre, acabó asimilando su secreto, identificándose con la mentira. Hasta tal punto que se convirtió en un mitómano descarado, y llegó a coquetear con el fascismo. Mi padre fue militante de la OAS, entre otras cosas, y coleccionaba objetos nazis. Una identificación enfermiza basada en la fuerza y la virilidad, mientras ocultaba a la vez su orientación sexual.

Tiendes un puente entre *El nombre del padre y El consentimiento...*
Las figuras masculinas de mi padre y mi abuelo estructuraron mi infancia. Seguramente por eso acabé volviéndome un día hacia un hombre como Matzneff. Entre el fascista y el pedocriminal hay profundas similitudes psíquicas y estructurales: misma voluntad de hegemonía, misma imposición al otro del propio relato, mismo deseo de negación y aniquilación.

¿Se ha resuelto ese bucle de angustia?
Sí y no. Siento que he cumplido con mi deber. He comprendido la atmósfera paranoica en la que se crio mi padre. Los secretos familiares pueden destruir la psique de un niño. He podido arrojar luz en las zonas oscuras y concederle determinadas circunstancias atenuantes.

¿Qué balance haces cinco años después de la publicación de *El consentimiento,* del #MeToo y la ruptura del silencio?
[...] Sobre el #MeToo, Annie Ernaux dijo: «Solo nos falta cambiar a los hombres». El #MeToo no habrá servido de nada si los hombres no están dispuestos a deconstruirse en profundidad, a comprender en qué sentido su educación los convierte en depredadores. Mi libro es una interrogación sobre la masculinidad, sobre cómo se fabrica la violencia y cómo se transmite la que uno ha sufrido. Porque los hombres también son víctimas del patriarcado.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Estableciendo una genealogía de la violencia y, con ella, las "circunstancias atenuantes del difunto", *El nombre del padre* se revela como una oración fúnebre y un poderoso texto sobre el perdón».
Raphaëlle Leyris, *Le Monde des Livres*

«Una investigación privada con un significado colectivo, donde la historia personal se encuentra con la Historia con mayúsculas, y la escritora se convierte, una vez más, en una rigurosa indagadora de las zonas grises».
Elisabeth Philippe, *Le Nouvel Obs*

«Un libro sorprendente, una investigación personal, familiar e histórica que es el acontecimiento incontestable de la rentrée literaria. [...] Un libro que consigue reinventarse en todo momento».
Augustin Trapenard, *La Grande Librairie*

«Springora demuestra con firmeza que no es una autora de un solo libro, *El consentimiento,* sino una escritora cuya voz, una vez más, [...] hace vibrar al lector».
Bruno Corty, *Le Figaro Littéraire*

«Cómo el veneno de lo silenciado puede intoxicar a todo un linaje familiar, y cómo la literatura puede ser el antídoto: eso plantea *El nombre del padre,* un libro tan estremecedor como emocionante».
Marie Claire

«Este libro, y eso es lo que lo hace tan interesante, no es la historia de una marcha triunfal hacia la verdad. Mediante una escritura muy mesurada, en la que cada palabra parece haber sido elegida con sumo cuidado, Springora relata su intento de avanzar a tientas, su búsqueda de una historia que siempre logra escapar a sus propias expectativas».
Alexis Brocas, *Lire*

«Un texto magnífico».
Le Point

«Tras reapropiarse de una parte de sí con *El consentimiento,* Springora sigue cambiando las reglas del juego de un engaño que no deja de perpetuarse».
Muriel Steinmetz, *L'Humanité*